

Edmundo A. Rúveda

por Teodoro S. Kaufman

No es tarea fácil condensar en tan poco espacio el impacto que el Dr. Edmundo Alfredo Rúveda ha provocado en quienes contamos con la inmensa suerte de trabajar con él, ya sea bajo su dirección o como meros colaboradores. Más difícil aún es marcar con detalle y justicia todos los aspectos de su innegable influencia sobre la Química Orgánica del país, en especial la Síntesis Orgánica y su accionar como docente imaginativo y divulgador científico de nota.

Sin embargo, algunos hechos y anécdotas personales de vieja data, incluso aquellos que tuvieron lugar en años previos a mi incorporación a IQUIOS ayudarán a ilustrar de una manera más desapasionada y objetiva sus principales características personales y notable personalidad. Lamentablemente, por ser ésta una semblanza muy personal, para evidenciar mejor las características singulares del Prof. Rúveda, también necesariamente deberé hablar algo de mí.

Conocí a un Edmundo Rúveda de casi 50 años, con el que compartí lugar de trabajo y muchos otros momentos. Sin embargo, desde la admiración que profesan sus coetáneos porteños y el cariño y respeto, transformados hasta en veneración, que manifiestan sus antiguos amigos, colegas y discípulos de Campi-



nas y otros lugares de Brasil ('los mejores papers en Química Orgánica de Brasil de aquella época los firmaba un argentino: Edmundo Rúveda', comentó públicamente una vez un notable químico brasileño) puedo colegir casi sin temor a equivocarme que Rúveda ha dejado huellas imborrables y muchas marcas indelebles entre todos esos químicos con los que se relacionó en épocas pasadas. Tan fuertes como las que con su ejemplo y enseñanzas, imprimió en nuestras vidas.

Supe de la existencia de un "Dr. Rúveda" allá por 1977, cuando durante mi cursado de Química Orgánica I y refiriéndose al bloque edilicio que albergaba a las Cátedras de Orgánica, alguien me comentó muy seriamente que "este edificio se construyó para un tal Rúveda, pero nunca vino y quedó así". Con la confianza que dan las horas de trabajo conjunto, casi 25 años después me atreví a comentarle esta conversación, a lo que Rúveda me respon-

dió claramente y con total franqueza "si hubiera venido en ese entonces, IQUIOS seguramente habría fracasado; antes de mi estadía en Brasil no estaba preparado para esto...". Pero no fue sino hasta 1982 que el apellido Rúveda volvió a sonar en mis oídos con creciente frecuencia.

En ese entonces yo estaba iniciando una Tesis en inmunología y mi lugar de trabajo se encontraba aledaño al Laboratorio Central del Hospital Centenario, que recibía a Argentina Luluaga, quien para más datos también era conocida como "la señora de Rúveda", como Directora. Pocos meses más tarde y en ocasión de un curso de post-grado fui enviado a consultar a un experto, el Dr. Rúveda, acerca de la estructura química de un carbohidrato raro. Fue la primera vez que lo vi y me impresionó gratamente por su seriedad y sinceridad. Me atendió muy amablemente en su oficina y me escuchó calmo; no me solucionó el problema pero muy gentilmente me dio todas las pistas para que eventualmente lo pudiera resolver.

Ese mismo año volví a cruzarme con Rúveda; fue mi docente en un curso del Doctorado, en el que dictó una clase magistral acerca de la "evaluación de la ciencia". Demás está decir que sus complejos análisis, sesudas reflexiones, críticas certeras y por sobre todo sus analogías

chispeantes dieron pie a un cúmulo de interesantes preguntas, lo que generó un buen debate e hizo que la clase resultase muy amena.

Finalmente, casi un par de años después tuve que sintetizar un reactivo y nuevamente fui enviado a la oficina del Dr. Rúveda a consultar si me podía facilitar el material de partida. "Piense que esto es como una transfusión y que este frasco contiene mis glóbulos rojos" me dijo al entregarme el envase, dando preciso significado a lo que cada reactivo químico valía para él. Pero además, se interesó por mi transformación química y dándose cuenta que necesitaba algo más que lo solicitado terminó ofreciéndome un espacio de laboratorio para que pudiese sintetizar mi reactivo en las mejores condiciones. Un año después, tras hacerse inviable mi continuidad en la inmunología y en una gran demostración de coraje, Rúveda me daba "asilo" en el Instituto de Química Orgánica y de Síntesis (IQUIOS) que lo tenía por Director y se ofrecía gentilmente para dirigir mi Tesis.

Ese período, que había continuado a la etapa fundacional del Instituto, se caracterizaba por un intenso trabajo de todo el personal. El Director daba el ejemplo y, entre otras múltiples actividades, en persona concurría puntualmente al Correo Central a retirar la correspondencia institucional; muy especialmente varias publicaciones periódicas relevantes que llevaba a su casa para leer e incluso luego comentar. No era infrecuente para los becarios recibir la visita del Dr. Rúveda en su mesada, con la fotocopia de un paper en la mano, invariablemente marcada con la sigla EAR en tinta azul en un costado visible. Muchas veces la charla era larga; en otras ocasiones con dos palabras bastaba: "Pruebe esto".

Era tal el entusiasmo que muchos de los entonces becarios, contagiados por Rúveda de ese apetito insaciable de avanzar y siempre avanzar, trabajábamos largas horas durante la semana e incluso parte del sábado. Éramos solo un puñado alborotado y con ganas, que nos apiñábamos en la biblioteca para tomar sus cursos de post-grado o para turnarnos en el dictado de seminarios de investigación. Casi invariablemente el tema era el análisis de una síntesis orgánica, que servía de excusa hasta para recibir de Rúveda sus conocimientos, experiencia y hasta sabios consejos, matizados con alguna anécdota de sus vivencias en los Laboratorios de Paladini, Battersby o Wenkert, cuando no en su propio Laboratorio de Campinas.

Ya en aquel momento, entre sus colegas y antiguos conocidos, el Prof. Rúveda era distinguido como "el Maestro", apodo cariñoso que perdura hasta el día de hoy, y tanto el enfoque como la calidad de sus investigaciones y la factura de sus trabajos eran indiscutibles. No resulta fácil desarrollar síntesis orgánicas competitivas y en múltiples etapas en ambientes carecientes como el nuestro; sin embargo, a lo largo de diversos proyectos, Rúveda alcanzó logros asombrosos en relación con la síntesis de moléculas complejamente funcionalizadas, como forskolina, ácido trispórico y cassiol, y publicó sus trabajos en las revistas más reconocidas de la disciplina, los cuales han sido ampliamente citados.

Un ejemplo que marca el nivel de esas ambiciones me tocó muy de cerca, cuando en mayo de 1986, hacia finales de mi Tesis y después de sintetizar varios biomarcadores de interés geoquímico, intentamos efectuar la primera síntesis total de triclohexaprenol, precursor propuesto de esta serie de compuestos.

No funcionó, pero visto retrospectivamente el intento no hace más que resaltar la magnitud de los desafíos y propuestas que el Prof. Rúveda se proponía y nos estaba enseñando a encarar. La primera síntesis de triclohexaprenol fue publicada en 1987, nada menos que por el Premio Nobel Elias J. Corey. Esta tentativa infructuosa muestra que bajo la hábil batuta de Rúveda el entonces joven IQUIOS estaba evolucionando en el camino correcto, aunque lamentablemente en ese momento no tuviésemos todos los elementos para el éxito.

Un par de detalles adicionales agregan trazos claros a su ética y proceder. Uno de ellos tuvo lugar a mi regreso del post-doctorado, cuando le propuse redactar dos trabajos empleando material proveniente de mi Tesis Doctoral. Era un conjunto de varias síntesis sencillas que se me habían ocurrido siendo becario. Tal vez por analogía con una vivencia personal que de vez en cuando comenta, Rúveda me entusiasmó a que las publique solo. Fueron mis primeras contribuciones en las que figuré como único autor.

El segundo detalle, que también tuvo lugar a mi regreso del Doctorado, tuvo su explicación y razón de ser unos 22 años más tarde. Hacer Síntesis Orgánica de productos naturales es una tarea dura, fatigosa y muchas veces frustrante; lograr resultados en solitario resulta habitualmente muy difícil. Rúveda, quien siempre había mostrado un perfil caracterizado por compartir y colaborar lo debe haber sabido y sin embargo en ese momento a pesar de haberle solicitado alguna ayuda, salvo por una mínima apoyatura administrativa institucional, "me soltó la mano" apenas reinsertado, para que trabajase solo e independientemente.

Para mí era una independencia tan verdadera como extremadamente peligrosa, pero cuyo sentido logré comprender mucho tiempo después. Rúveda había aprendido de su propio maestro que el colega con sentido y vocación de independencia debía desarrollarse con esa independencia y que un verdadero jefe de grupo debía respetar esa consigna a pesar de que perdiese en ese acto un potencialmente valioso colaborador. En los últimos 25 años, colaboré con Rúveda en la redacción de varios artículos de divulgación, que abarcan desde el descubrimiento de la úrea hasta la síntesis del viagra, pero nunca lo vi violentar ese principio para él sagrado.

Si bien es cierto que la Química Orgánica Sintética se desarrolla en numerosos puntos del país y está a cargo de una buena dotación de colegas muy virtuosos, muchos de los cuales han tenido desarrollos académicos independientes, no es menos cierto que los trabajos en la materia presentados en congresos, que 30 años atrás ocupaban un mínimo porcentaje de la disciplina, actualmente representan más de la mitad de los trabajos que se presentan en las ediciones del Simposio Nacional de Química Orgánica (SINAQO) y el Dr. Rúveda no es ajeno a ese cambio. Mostró y demostró que se podía hacer.

La Unidad Química Orgánica del IQUIR de hoy, tanto como su predecesor, el IQUIOS, que funcionó

como tal por 25 años, son el resultado del sueño original que tuvo Edmundo Rúveda unos 50 años atrás. Ambos permitieron que la Química de Rosario en general y la Química Orgánica Sintética en particular, hayan logrado un sitio destacado en el mapa moderno de la ciencia nacional. A principios de la década pasada, este logro fue sintetizado claramente por una afamada colega al confesar, refiriéndose al IQUIOS "Ustedes han logrado en menos de 25 años lo que a nosotros nos llevó más de 50".

Este mérito es indudablemente mayor si se considera que el nacimiento de IQUIOS tuvo lugar en un ambiente carente de infraestructura y tradición, y en tiempos social y económicamente poco auspiciosos para que el germen de la investigación científica movida por la curiosidad pudiese brotar sin sufrir contratiempos.

Pero en el Dr. Rúveda no solo debe reconocerse a un eximio científico, sino que puede distinguirse también un educador de nota y un hábil divulgador científico. En su época activa Rúveda fue un docente dedicado. Con sus clases de Química Orgánica I, era capaz de repasarlas con avidez a pesar de que ya habían sido dictadas unas veinte veces; lo mismo con su próximo seminario en el que seguramente iba a deslumbrar al auditorio analizando con la misma pasión desde una síntesis compleja y excitante hasta

una simple transformación química que tiene algún truco para contar. Lo he visto desde confeccionar manualmente simples apuntes con esquemas acompañados de un pequeño texto resaltado, para usar en cursos de post-grado, hasta procurar la mejora de planes y programas de estudio y diseñar atractivos de todo tipo para entusiasmar a potenciales estudiantes de química... y todo con el mismo empeño y convicción.

A los ochenta, Profesor Honorario de la UNR e Investigador Emérito de CONICET, Rúveda encontró otra forma de divertirse. Ayudar a decidir la estrategia de siembra de agropiro o de alfalfa en tierras de una organización de beneficencia, la rotación de sus cultivos o los detalles del manejo del ganado.... Pero desarrolla esa actividad munido de su clásico enfoque científico de solucionador de problemas y con todo el empuje, imaginación y ganas de hacer, que lo caracterizaron durante toda su parábola académica.

Por todo ello considero que es justo reconocer y agradecer al Dr. Edmundo A. Rúveda por su persistente actitud de empeño y sacrificio en aras de consolidar su propio, y en algún momento descabellado sueño, de hacer en este lugar lo que otros no se habrían atrevido a concretar y de ser nítido faro y constante fuente de inspiración capaz de mostrar con su ejemplo y dedicación el camino a las futuras generaciones.